

EL GLORIOSO EVANGELIO DE JESUCRISTO

ROMANOS (1)

TEXTO BASE

Romanos 1:1–7: «¹ Pablo, siervo de Jesucristo, llamado a ser apóstol, apartado para el evangelio de Dios, ² que él había prometido antes por sus profetas en las santas Escrituras. ³ acerca de su Hijo, nuestro Señor Jesucristo, que era del linaje de David según la carne, ⁴ que fue declarado Hijo de Dios con poder, según el Espíritu de santidad, por la resurrección de entre los muertos, ⁵ y por quien recibimos la gracia y el apostolado, para la obediencia a la fe en todas las naciones por amor de su nombre; ⁶ entre las cuales estáis también vosotros, llamados a ser de Jesucristo; ⁷ a todos los que estáis en Roma, amados de Dios, llamados a ser santos: Gracia y paz a vosotros, de Dios nuestro Padre y del Señor Jesucristo.»

INTRODUCCIÓN

Comenzamos una serie expositiva en la carta de Pablo a los Romanos. Esto significa que iremos estudiando esta carta versículo a versículo, desde el principio hasta el final. Comenzamos con muchísimo entusiasmo, pero también con temor y temblor. Romanos es, por así decirlo, el Everest del Nuevo Testamento: uno de los puntos más altos de la revelación apostólica y, de manera particular, de las cartas de Pablo. Es la Carta Magna del Nuevo Testamento. Es imposible tener un conocimiento preciso del evangelio y de sus implicaciones sin una comprensión apropiada del contenido de esta epístola.

Aunque Romanos probablemente no fue la primera carta escrita por el apóstol Pablo —Gálatas o 1 Tesalonicenses suelen mencionarse entre las primeras—, fue colocada en primer lugar entre sus cartas. Después de los Evangelios y Hechos comienzan las epístolas paulinas, y Romanos encabeza ese conjunto. No se debe solamente a que sea la más extensa, sino también a la enorme importancia doctrinal y práctica de esta epístola.

En la providencia divina, la carta a los Romanos ha desempeñado un papel fundamental en la propagación del evangelio de Jesucristo a lo largo de toda la historia de la iglesia. Juan Crisóstomo, probablemente el más grande predicador de la iglesia del siglo IV, tenía a Romanos en tan alta estima que, según la tradición recogida por John Gill, hacía que se la leyeran dos veces a la semana.

Juan Crisóstomo: según la apreciación que Jared C. Wilson le atribuye en su artículo sobre por qué estudiar Romanos, consideraba esta carta un compendio extraordinariamente amplio y profundo de las verdades fundamentales de la Escritura.^[1]

D. Martyn Lloyd-Jones dedicó más de doce años a exponer Romanos, desde octubre de 1955 hasta marzo de 1968, sin completar toda la carta. La amplitud de aquella serie ilustra la profundidad de esta epístola y la atención que merece su enseñanza.

D. Martyn Lloyd-Jones: en sus exposiciones de Romanos, destaca la profundidad excepcional de esta carta.^[2]

La carta a los Romanos fue el medio que el Señor usó para traer a la salvación a Agustín de Hipona, uno de los teólogos más influyentes que ha tenido la iglesia a través de la historia. También fue la carta a los Romanos la que Dios usó para convertir a Martín Lutero. Su conversión al cristianismo se debió primariamente a su entendimiento de **Romanos 1:16–17:** en el evangelio la justicia de Dios se revela por fe y para fe, como está escrito: «Mas el justo por la fe vivirá».

Romanos 1:16–17: «¹⁶ Porque no me avergüenzo del evangelio, porque es poder de Dios para salvación a todo aquel que cree; al judío primeramente, y también al griego. ¹⁷ Porque en el evangelio la justicia de Dios se revela por fe y para fe, como está escrito: Mas el justo por la fe vivirá.»

De hecho, podemos decir sin lugar a dudas que la Reforma protestante del siglo XVI fue consecuencia de un entendimiento más claro y profundo de la carta a los Romanos. Lutero tenía una estima extraordinaria por esta epístola.

Martín Lutero: en su prefacio a la carta a los Romanos, recomienda que el cristiano conozca esta carta de memoria y se alimente diariamente de ella.^[3]

William Tyndale, quien tradujo la Biblia al inglés en el siglo XVI, expresó la misma convicción de una manera memorable:

¹ La apreciación atribuida a Juan Crisóstomo se consultó en el artículo de Jared C. Wilson sobre por qué estudiar el libro de Romanos, en Crossway (sitio web), apartado sobre las profundidades del evangelio. Wilson recoge esta apreciación; la referencia disponible no identifica una obra concreta de Crisóstomo. ⓘ

² D. Martyn Lloyd-Jones es el autor de las exposiciones de la carta a los Romanos, publicadas en varios volúmenes por Banner of Truth (editorial). Se consultó la ficha de esta colección en el sitio de la editorial. La referencia identifica la obra, pero no precisa una página o un sermón para esta apreciación. ⓘ

³ Este aporte procede del prefacio de Martín Lutero a la carta a los Romanos, de 1522. El enlace permite consultar el prefacio utilizado como fuente. ⓘ

William Tyndale: en su prólogo a la carta a los Romanos, explica que nunca se la puede leer demasiado ni estudiar suficientemente: cuanto más se examina, más accesible resulta; cuanto más se medita en ella, mayor deleite ofrece; y cuanto más se profundiza, más riquezas se descubren.^[4]

Juan Calvino también entendió la importancia singular de Romanos.

Juan Calvino: en la introducción de su comentario a Romanos, explica que comprender esta epístola abre el acceso a los tesoros más profundos de la Escritura.^[5]

Estoy convencido de que Dios puede salvar a muchos y avivar a muchos mientras nos exponemos al contenido de esta carta. Romanos fue escrita originalmente a un grupo de creyentes en la ciudad de Roma. Nadie puede afirmar con certeza cómo se fundó aquella iglesia. Lo que sí sabemos es que Pablo deseaba visitarla y hasta ese momento no había podido hacerlo.

Romanos 1:13: ¹³ *Pero no quiero, hermanos, que ignoréis que muchas veces me he propuesto ir a vosotros (pero hasta ahora he sido estorbado), para tener también entre vosotros algún fruto, como entre los demás gentiles.»*

Pablo quería ir a Roma. Mientras ese viaje no podía realizarse, decidió enviar esta carta para explicar con amplitud el mensaje del evangelio que predicaba entre los gentiles y, entre otras razones, para que la iglesia de Roma pudiera ayudarlo en su propósito de llevar el evangelio hasta España, como él mismo explicará más adelante en el capítulo 15.

Romanos es una carta dirigida a creyentes ordinarios

Romanos 1:7: ⁷ *a todos los que estáis en Roma, amados de Dios, llamados a ser santos: Gracia y paz a vosotros, de Dios nuestro Padre y del Señor Jesucristo.»*

En esta primera exposición nos limitaremos a la introducción de la epístola, **Romanos 1:1–7**. Debemos recordar que Romanos no es, en sentido estricto, un tratado teológico, aunque por momentos pueda parecerlo por la densidad de su enseñanza. Romanos es una carta enviada a una iglesia compuesta por creyentes comunes y corrientes como tú y como yo. Esto importa porque las grandes doctrinas que encontraremos aquí no fueron escritas únicamente para profesores de seminario, sino para la vida de la iglesia.

En la antigüedad las cartas seguían un formato distinto del moderno. Nosotros solemos comenzar con el destinatario: “Estimado Juan”; luego viene el cuerpo de la carta, y al final aparece el remitente: “Con afecto, José”. En el mundo antiguo, en cambio, la carta comenzaba con el remitente: “José”; después venía el destinatario: “a Juan”; luego el saludo: “saludos”; y entonces el cuerpo de la carta.

Pablo utiliza ese formato en casi todas sus cartas, pero amplía cada elemento. En lugar de limitarse a decir “Pablo, a la iglesia de Roma, saludos”, desarrolla extensamente quién es él, quiénes son sus destinatarios y qué significa su saludo. En ninguna otra carta del Nuevo Testamento el prefacio es tan largo como en Romanos. Pablo necesita varios versículos para explicar el remitente, casi dos para describir a los destinatarios y luego formula el saludo.

Y aquí encontramos algo fabuloso: el remitente, los destinatarios y el saludo aparecen definidos en función del evangelio. Para Pablo no hay manera de decir quién es, a quién escribe o cómo saluda sin relacionarlo con el evangelio de Jesucristo. Comencemos, entonces, con el remitente.

I. EL REMITENTE: PABLO, ESCLAVO DE CRISTO Y APÓSTOL DEL EVANGELIO

Romanos 1:1: ¹ *Pablo, siervo de Jesucristo, llamado a ser apóstol, apartado para el evangelio de Dios,»*

1. PABLO SE PRESENTA POR SU RELACIÓN CON JESUCRISTO

Romanos 1:1: ¹ *Pablo, siervo de Jesucristo, llamado a ser apóstol, apartado para el evangelio de Dios,»*

Muchos cristianos quisieran tener un testimonio espectacular que contar acerca de su conversión. A veces pensamos que para impresionar a los demás habría sido mejor haber tenido una vida escandalosa antes de conocer al Señor: “Yo era ladrón, drogadicto, alcohólico, pero Cristo me salvó”. No tenemos que desear haber vivido así. Bienaventurado el hombre que fue preservado de muchos pecados. Sin embargo, si alguien tenía mucho que contar acerca de su conversión, era el apóstol Pablo.

Pablo había sido un fariseo que, en su celo por el judaísmo, llegó a ser perseguidor de la iglesia. Entonces tuvo un encuentro con el Cristo resucitado camino a Damasco y todo cambió. Pablo contó varias veces esa historia, de modo que es apropiado, en determinados contextos, que nosotros expliquemos cómo el Señor nos salvó. Sin embargo, cuando se presenta ante una iglesia que no lo conocía personalmente, Pablo pasa por alto su espectacular historia de conversión y se identifica de una manera mucho más sencilla y más profunda: esclavo de Jesucristo, llamado a ser apóstol y apartado para el evangelio de Dios.

⁴ William Tyndale desarrolla este aporte en su prólogo a la carta a los Romanos, incluido en su Nuevo Testamento inglés de 1534. 🌐

⁵ Juan Calvino desarrolla esta idea en la introducción de su comentario a la carta a los Romanos, donde presenta el argumento de la carta. 🌐

En **Romanos 1:1** la RVR60 dice: «Pablo, siervo de Jesucristo». El término griego *doúlos* (δοῦλος), traducido aquí «siervo», tiene el sentido de «esclavo». Esta precisión importa porque Pablo se presenta como alguien que pertenece completamente a Cristo y vive bajo su señorío.

El Señor Jesucristo tomó a este antiguo perseguidor de la iglesia para hacerlo suyo, uno de sus esclavos, y además para constituirlo apóstol. Pablo vuelve a decir en el versículo 5 que por medio de Cristo había recibido “la gracia y el apostolado”. Los apóstoles de Cristo fueron hombres escogidos por Jesús, testigos de su resurrección y comisionados por Él para hablar en su nombre y poner el fundamento doctrinal de la iglesia.

Efesios 2:20: «²⁰ edificados sobre el fundamento de los apóstoles y profetas, siendo la principal piedra del ángulo Jesucristo mismo,»

Toda iglesia cristiana verdadera es apostólica en ese sentido: descansa sobre el fundamento que Cristo puso mediante sus apóstoles. Precisamente por eso ya no tenemos apóstoles en el sentido oficial y fundacional del Nuevo Testamento. Sé que hay personas que se llaman a sí mismas “apóstoles”; pero también hay personas que creen que son Napoleón. Puede haber sinceridad y, al mismo tiempo, error. El fundamento de un edificio se coloca una sola vez.

Además, Cristo encargó este ministerio a hombres que habían sido testigos de su resurrección. Pablo mismo dice que la aparición del Cristo resucitado a él fue la última de esa serie de apariciones apostólicas.

1 Corintios 15:8: «⁸ y al último de todos, como a un abortivo, me apareció a mí.»

Esto es sumamente importante porque cuando un apóstol habla como apóstol de Cristo, lo hace como portavoz autorizado de Jesucristo. Por eso, al leer Romanos, debemos recordar que no estamos delante de un documento privado escrito simplemente por un creyente del primer siglo preocupado por una iglesia distante. Pablo escribe con autoridad apostólica. En última instancia, la revelación del evangelio que encontramos en esta carta no se origina en Pablo; se origina en Jesús. No debemos hablar del “evangelio de Pablo” como si fuera una invención personal. Este es el evangelio de Jesucristo. Rechazar el evangelio revelado, definido y explicado en Romanos no es simplemente rechazar a Pablo; es rechazar la palabra autorizada de Cristo comunicada mediante su apóstol.

2. CINCO REALIDADES ACERCA DEL EVANGELIO

Romanos 1:1–5: «¹ Pablo, siervo de Jesucristo, llamado a ser apóstol, apartado para el evangelio de Dios, ² que él había prometido antes por sus profetas en las santas Escrituras. ³ acerca de su Hijo, nuestro Señor Jesucristo, que era del linaje de David según la carne, ⁴ que fue declarado Hijo de Dios con poder, según el Espíritu de santidad, por la resurrección de entre los muertos, ⁵ y por quien recibimos la gracia y el apostolado, para la obediencia a la fe en todas las naciones por amor de su nombre;»

Pablo todavía está presentándose a la iglesia de Roma. Pero el mensaje que Cristo le encargó predicar define de tal manera su identidad que, al explicar quién es, inmediatamente tiene que explicar qué evangelio predica. En este prefacio menciona por lo menos cinco realidades fundamentales acerca del evangelio.

2.1 EL ORIGEN DEL EVANGELIO: ES EL EVANGELIO DE DIOS

Romanos 1:1: «¹ Pablo, siervo de Jesucristo, llamado a ser apóstol, apartado para el evangelio de Dios,»

La expresión “evangelio de Dios” no significa primariamente que se trata de un evangelio acerca de Dios, aunque ciertamente lo sea. El énfasis aquí es que este evangelio tiene su origen en Dios. Ningún ser humano tiene derecho a decidir cuál será la manera de reconciliarnos con Dios. En esta relación, Dios es el ofendido; y Dios es Dios. Por tanto, tenía que ser Él quien estableciera el camino por medio del cual los pecadores pudieran reconciliarse con Él y acercarse a su presencia.

Por eso el Nuevo Testamento habla de el evangelio, no de un evangelio entre muchos. Hay un solo evangelio. La palabra significa “buenas noticias”, y de todas las buenas noticias que una persona pudiera recibir a lo largo de su vida, ninguna puede compararse con ésta. En realidad, sin esta buena noticia, ninguna otra noticia puede ser finalmente buena: el evangelio anuncia que hay salvación eterna para pecadores únicamente por gracia, únicamente por Cristo y únicamente por medio de la fe.

Dios recibe toda la gloria

Romanos 1:1: «¹ Pablo, siervo de Jesucristo, llamado a ser apóstol, apartado para el evangelio de Dios,»

A ningún ser humano se le habría ocurrido diseñar un plan de salvación como éste, porque en el evangelio de Dios solamente Dios recibe toda la gloria. Eso resulta ofensivo para el orgullo humano. El evangelio no deja un solo motivo para que el hombre se exalte a sí mismo. El método de salvación fue diseñado por Dios y llevado a cabo por Dios de principio a fin, por medio de la persona y la obra de su Hijo, para que Él solo sea glorificado en la salvación de los pecadores.

Por eso, cuando Pablo llega al final de la gran exposición doctrinal de Romanos 1–11, no termina felicitando al hombre. Termina en adoración. Se asombra ante un plan de salvación en el cual el Dios ofendido es quien provee

el pago de la deuda del pecador, para que Él sea justo y, al mismo tiempo, el que justifica al que es de la fe de Jesús.

Romanos 11:33–36: «³³ ¡Oh profundidad de las riquezas de la sabiduría y de la ciencia de Dios! ¡Cuán insondables son sus juicios, e inescrutables sus caminos! ³⁴ Porque ¿quién entendió la mente del Señor? ¿O quién fue su consejero? ³⁵ ¿O quién le dio a él primero, para que le fuese recompensado? ³⁶ Porque de él, y por él, y para él, son todas las cosas. A él sea la gloria por los siglos. Amén.»

¡Oh profundidad! ¿A quién se le habría ocurrido un evangelio así? Todo procede de Él, se realiza por Él y vuelve finalmente a Él en gloria.

2.2 LA CONTINUIDAD DEL EVANGELIO: YA HABÍA SIDO PROMETIDO

Romanos 1:2: «² que él había prometido antes por sus profetas en las santas Escrituras.»

El evangelio que Pablo predicaba y que encontramos en todo el Nuevo Testamento no apareció de repente en el siglo primero. Es el mismo evangelio que comenzó a ser anunciado desde la caída del hombre. Tan pronto Adán y Eva se rebelaron contra Dios, el Señor prometió un Salvador que habría de rescatarlos del pecado y de todas las consecuencias del pecado. Esa promesa se desarrolla progresivamente a través de todo el Antiguo Testamento.

Todos los creyentes del antiguo pacto fueron salvos poniendo su confianza en la promesa de Dios. Podríamos decir, sin querer ser irreverentes, que fueron “salvos a crédito”: Cristo todavía no había venido históricamente, pero Dios aplicaba a los creyentes los beneficios de una obra que el Mesías realizaría plenamente en el cumplimiento del tiempo. Imaginen una persona que compra con una tarjeta de crédito: recibe el bien antes de que llegue el momento del pago. En la redención, por supuesto, el verdadero deudor que asumiría el precio no era el creyente, sino Jesucristo, quien vendría a pagar realmente aquello que la justicia de Dios exigía.

De Adán hasta el último pecador que sea salvado, todos son salvados de una sola manera: únicamente por gracia, únicamente por Cristo y únicamente por medio de la fe. Los treinta y nueve libros del Antiguo Testamento son como treinta y nueve postes colocados a lo largo del camino para señalar a los israelitas fieles que debían esperar por fe al Mesías venidero. Cada cordero sacrificado bajo el sistema mosaico señalaba hacia Cristo. Las grandes profecías del Antiguo Testamento apuntaban hacia Él.

Y los veintisiete libros del Nuevo Testamento son otros veintisiete postes que nos llevan a descansar por fe en el Mesías que ya vino, murió, resucitó, ascendió a los cielos y está sentado a la diestra de Dios. Es un solo evangelio, certificado por los profetas del Antiguo Testamento, por Jesucristo mismo y por los apóstoles del Nuevo Testamento. La unidad de ese testimonio constituye una poderosa confirmación de la verdad del evangelio.

2.3 LA ESENCIA DEL EVANGELIO: JESUCRISTO, EL HIJO DE DIOS

Romanos 1:3–4: «³ acerca de su Hijo, nuestro Señor Jesucristo, que era del linaje de David según la carne, ⁴ que fue declarado Hijo de Dios con poder, según el Espíritu de santidad, por la resurrección de entre los muertos,»

Si este evangelio es revelado a lo largo de toda la Escritura, entonces Jesucristo tiene que ser el punto focal de toda la Biblia, porque Él es la esencia y la sustancia del evangelio. Dios no envió simplemente un plan para salvar al hombre; envió una Persona. Eso diferencia radicalmente el cristianismo de todas las religiones del mundo. Las religiones ofrecen reglas, rituales o consejos mediante los cuales el hombre pretende acercarse a Dios. El evangelio anuncia lo que Dios ya hizo, por medio de la persona y la obra de su Hijo, para reconciliar consigo a pecadores.

Juan Calvino: en su comentario a Romanos 1:3, señala que Cristo contiene la sustancia del evangelio; por eso, apartarse de Cristo equivale a apartarse del evangelio.^[6]

Observe cuánto dice Pablo acerca de Jesucristo en tan pocas palabras.

2.3.1 JESUCRISTO ES VERDADERAMENTE DIOS

Romanos 1:3–4: «³ acerca de su Hijo, nuestro Señor Jesucristo, que era del linaje de David según la carne, ⁴ que fue declarado Hijo de Dios con poder, según el Espíritu de santidad, por la resurrección de entre los muertos,»

Pablo habla del “*evangelio de Dios acerca de su Hijo*”. ¿Acerca del Hijo de quién? Acerca del Hijo de Dios. El evangelio es lo que Dios llevó a cabo por medio de su Hijo, la segunda persona de la Trinidad. Jesucristo no comenzó a ser Hijo de Dios cuando nació de María; es eternamente el Hijo. En un punto de la historia asumió voluntariamente una verdadera naturaleza humana sin dejar de ser quien siempre había sido.

⁶ Juan Calvino desarrolla esta idea en su comentario a la carta a los Romanos, al explicar Romanos 1:3. ☹

2.3.2 JESUCRISTO ES VERDADERAMENTE HOMBRE Y EL HIJO DE DAVID

Romanos 1:3-4: «³ acerca de su Hijo, nuestro Señor Jesucristo, que era del linaje de David según la carne,⁴ que fue declarado Hijo de Dios con poder, según el Espíritu de santidad, por la resurrección de entre los muertos,»

Según la carne, es decir, según su naturaleza humana, Jesucristo era del linaje de David. Por eso es el Mesías prometido por los profetas, el Rey davídico que habría de reinar eternamente. Cristo es verdaderamente Dios y verdaderamente hombre. Precisamente por eso es el único Mediador capacitado para representar a los hombres delante de Dios y para traer a los hombres nuevamente a Dios.

1 Timoteo 2:5: «⁵ Porque hay un solo Dios, y un solo mediador entre Dios y los hombres, Jesucristo hombre,»

Hay un solo Mediador. María fue la madre del Salvador según la carne y merece el honor que la Escritura le concede, pero no puede mediar entre Dios y los hombres. Ningún santo puede hacerlo. Para mediar entre Dios y los hombres hacía falta alguien que fuera verdaderamente hombre, para representarnos, y verdaderamente Dios, para presentarse delante de Dios y satisfacer plenamente su justicia. Jesucristo hizo precisamente eso por medio de su muerte en la cruz del Calvario.

2.3.3 JESUCRISTO FUE DESIGNADO HIJO DE DIOS CON PODER POR LA RESURRECCIÓN

Romanos 1:3-4: «³ acerca de su Hijo, nuestro Señor Jesucristo, que era del linaje de David según la carne,⁴ que fue declarado Hijo de Dios con poder, según el Espíritu de santidad, por la resurrección de entre los muertos,»

En **Romanos 1:4** la RVR60 dice que Jesucristo «fue declarado Hijo de Dios con poder». La expresión también puede entenderse en el sentido de «designado Hijo de Dios con poder». Esta precisión importa porque Pablo no está diciendo que Jesús comenzara a ser Hijo de Dios en la resurrección, sino que Aquel que eternamente es el Hijo fue manifestado públicamente en una condición de poder y exaltación a partir de la resurrección.

Durante la encarnación, el Hijo de Dios asumió voluntariamente una condición de humillación y debilidad. Vino como Siervo y llegó hasta la muerte de cruz. Pero la historia no terminó en debilidad. El Espíritu Santo levantó de entre los muertos el cuerpo de Jesús y la resurrección señaló el comienzo de su estado de exaltación. El mismo Jesucristo que fue humillado hasta la muerte es ahora el Hijo de Dios con poder, el Señor resucitado que salva y que juzgará a la raza humana.

Romanos 8:11: «¹¹ Y si el Espíritu de aquel que levantó de los muertos a Jesús mora en vosotros, el que levantó de los muertos a Cristo Jesús vivificará también vuestros cuerpos mortales por su Espíritu que mora en vosotros.»

Eso separa al cristianismo de todas las religiones del mundo: Jesucristo resucitó. Mahoma está muerto. Buda está muerto. Confucio está muerto. Mary Baker Eddy está muerta. El fundador de los mormones está muerto. El fundador de los Testigos de Jehová está muerto. Pongan a quien quieran: está muerto. El único que está vivo es Jesucristo. Él se levantó de la tumba al tercer día. Él es el Hijo de Dios con poder por la resurrección de entre los muertos.

2.4 LA AMPLITUD UNIVERSAL DEL EVANGELIO: TODAS LAS NACIONES

Romanos 1:5: «⁵ y por quien recibimos la gracia y el apostolado, para la obediencia a la fe en todas las naciones por amor de su nombre;»

Pablo vuelve a mencionar su apostolado como una gracia misericordiosa recibida de Cristo, a pesar de haber sido perseguidor de la iglesia. Pero ahora precisa su comisión: promover “la obediencia a la fe” entre todos los gentiles, es decir, entre todas las naciones. Jesucristo no vino para ser Salvador de una sola raza o cultura. Es el único Salvador disponible para cualquier pecador, cualquiera que sea su nación, lengua o trasfondo.

Juan 14:6: «⁶ Jesús le dijo: Yo soy el camino, y la verdad, y la vida; nadie viene al Padre, sino por mí.»

Hechos 4:12: «¹² Y en ningún otro hay salvación; porque no hay otro nombre bajo el cielo, dado a los hombres, en que podamos ser salvos.»

No importa si una persona nació en República Dominicana, Corea del Norte o Arabia Saudita. Hay un solo nombre por medio del cual los hombres pueden ser salvos: Jesucristo. El Señor encargó a Pablo, de manera particular, llevar ese mensaje a los gentiles. Esto no significaba que Pablo dejara de predicar a los judíos, sino que su comisión primordial lo dirigía hacia las naciones.

2.4.1 LA FE QUE JUSTIFICA PRODUCE OBEDIENCIA

Romanos 1:5: «⁵ y por quien recibimos la gracia y el apostolado, para la obediencia a la fe en todas las naciones por amor de su nombre;»

Me llama mucho la atención que Pablo diga “*para la obediencia a la fe*”. Está hablando del tipo de obediencia que surge o emana de la fe. Pablo insiste una y otra vez, y Romanos lo hará de manera especial, en que el pecador es justificado —declarado justo en el tribunal de Dios— por medio de la fe sola. No por la fe más obras. No por la fe más misa. No por la fe más rituales. No por la fe más confesarse con un sacerdote. Por la fe sola. ¿Qué significa “sola”? Sola: nada más.

Pero Pablo también insiste en que la fe verdadera en Jesucristo necesariamente implica un sometimiento voluntario a su señorío. Por eso, tanto en el versículo 4 como en el 7, Jesús es llamado Señor. Y por eso Pablo se presenta como esclavo: si Cristo es el Señor, todo verdadero creyente pertenece a Él.

2.4.2 TODO SER HUMANO ES ESCLAVO DE ALGÚN AMO

Romanos 6:16: «¹⁶ ¿No sabéis que si os sometéis a alguien como esclavos para obedecerle, sois esclavos de aquel a quien obedecéis, sea del pecado para muerte, o sea de la obediencia para justicia?»

Considera esto con atención: al final de cuentas, todos somos esclavos de alguien. Aquí no hay nadie que sea absolutamente autónomo. Somos esclavos de diferentes amos. O somos esclavos del pecado o somos esclavos de Jesucristo. No hay una tercera opción.

Romanos 6:16: «¹⁶ ¿No sabéis que si os sometéis a alguien como esclavos para obedecerle, sois esclavos de aquel a quien obedecéis, sea del pecado para muerte, o sea de la obediencia para justicia?»

Tú eres esclavo del amo al que obedeces. Si eres esclavo del pecado, obedecerás al pecado. Si eres esclavo de Cristo, obedecerás a Cristo: no perfectamente en esta vida, pero sí sinceramente. Por eso la pregunta es inevitable: ¿quién es tu amo? Esta pregunta vale para todos, incluso para quienes son miembros de la iglesia. ¿Puedes decir con verdad que Jesucristo es tu Señor, que en tu vida su voluntad importa más que la tuya?

Cuando existe conflicto entre lo que tú quieres hacer y la voluntad clara de Jesús revelada en su Palabra, el creyente experimenta lucha porque el pecado todavía mora en él. Pero justamente allí aparece una evidencia importante: quieres obedecer a Jesús y, al mismo tiempo, percibes la oposición del pecado. Hay tensión. Hay guerra. El problema no es que el creyente nunca sienta deseos pecaminosos; el problema sería estar plenamente en paz bajo el dominio del pecado.

El señorío de Cristo nos hace libres

Romanos 6:16: «¹⁶ ¿No sabéis que si os sometéis a alguien como esclavos para obedecerle, sois esclavos de aquel a quien obedecéis, sea del pecado para muerte, o sea de la obediencia para justicia?»

Una de estas esclavitudes es opresiva y destructora; la otra, sorprendentemente, es una esclavitud liberadora. Pertenecer a Jesucristo nos hace verdaderamente libres porque Él es la verdad que libera y el Hijo que rompe el dominio del pecado.

Juan 8:32, 36: «³² y conoceréis la verdad, y la verdad os hará libres. ³⁶ Así que, si el Hijo os libertare, seréis verdaderamente libres.»

Tener a Jesús como Señor es una enorme bendición. Hagamos un ejercicio. Piensa en la persona más bondadosa que conoces y colócala en un grupo imaginario. Añade a la persona más generosa; la más paciente; la más inteligente y sabia; la más tierna y, al mismo tiempo, firme; la más capaz; la más mansa y humilde. Ahora reúne todas esas virtudes en una sola persona y lleva cada una de ellas a perfección. Apenas tendrás una idea aproximada de lo que significa tener a Jesucristo como Dueño, Amo y Señor de tu vida. Él es indescritiblemente bueno y sabio.

A ti que todavía eres esclavo del pecado quiero decirte algo con seriedad. Tú puedes creer que eres libre, pero el pecado opera a través de tus propios deseos y te engaña, haciéndote pensar que siempre eres tú quien toma las decisiones. Por eso puedes estar atado a vicios que has prometido abandonar una y otra vez. Puedes ser esclavo de buscar tu propia gloria, esclavo de controlar todas las cosas, esclavo de querer ser todopoderoso en tu pequeño mundo.

En cambio, cada vez que Jesús te manda hacer algo, en el fondo te está mostrando el camino que preserva tu verdadero bien; y cada vez que prohíbe algo, te muestra aquello que debes evitar para no destruirte. Él es un Amo perfectamente bueno y perfectamente sabio. El pecado es un tirano perverso. Por eso la buena noticia del evangelio llama a hombres y mujeres de todas las naciones a someterse por la fe al señorío liberador de Jesucristo.

2.5 LA META FINAL DEL EVANGELIO: POR AMOR DE SU NOMBRE

Romanos 1:5: «⁵ y por quien recibimos la gracia y el apostolado, para la obediencia a la fe en todas las naciones por amor de su nombre;»

La comisión dada a Pablo no tenía como meta final engrandecer a Pablo, ni engrandecer a una cultura, ni siquiera detenerse en la salvación del pecador considerada de manera aislada. El propósito expreso era que el nombre de nuestro bendito, precioso y exaltado Señor Jesucristo fuera honrado entre todas las naciones. Ésa es la meta final del evangelio: la exaltación de Jesús como el único Señor y el único Salvador de la raza humana.

John Stott: en su comentario a Romanos, explica que el motivo supremo de la evangelización es un celo ardiente por la gloria de Jesucristo. El deseo sincero de que los pecadores sean salvos debe acompañarse del anhelo de que el nombre de Cristo reciba el honor que le corresponde.^[7]

Debe dolernos que Jesucristo no sea honrado. Debe dolernos que miles y millones de personas adoren otros dioses. Nos duele porque queremos la salvación de quienes están perdidos; pero por encima de todo queremos que Jesús sea puesto en el lugar que le corresponde. Todo es “por amor de su nombre”.

Muchos misioneros han sido acusados de imperialistas al llevar el evangelio a otras culturas. Debemos reconocer que es posible confundir la evangelización con la exportación de nuestra cultura particular. Eso sería un error. Pero, en otro sentido, todos los cristianos somos “imperialistas” en el mejor sentido de la palabra: deseamos que hombres y mujeres de toda tribu, pueblo, lengua y nación reconozcan por la fe el imperio universal de Jesucristo. No el imperio de una nación humana, sino el reino de Cristo. Ésa debería ser una pasión dominante de nuestras almas: el honor y la gloria de nuestro Rey.

II. LOS DESTINATARIOS: LLAMADOS DE JESUCRISTO, AMADOS DE DIOS Y LLAMADOS A SER SANTOS

Romanos 1:6–7: «⁶ entre las cuales estáis también vosotros, llamados a ser de Jesucristo; ⁷ a todos los que estáis en Roma, amados de Dios, llamados a ser santos: Gracia y paz a vosotros, de Dios nuestro Padre y del Señor Jesucristo.»

Todo lo que hemos considerado hasta aquí pertenece todavía al remitente. Así se presenta Pablo para darse a conocer a la iglesia en Roma. Pero ahora pasa a los destinatarios. Y del mismo modo que el evangelio define a Pablo, el evangelio define también a aquellos a quienes Pablo escribe.

Romanos 1:6–7: «⁶ entre las cuales estáis también vosotros, llamados a ser de Jesucristo; ⁷ a todos los que estáis en Roma, amados de Dios, llamados a ser santos: Gracia y paz a vosotros, de Dios nuestro Padre y del Señor Jesucristo.»

Pablo dice tres cosas de estos creyentes: fueron llamados por Jesucristo, eran amados de Dios y fueron llamados a ser santos. Habían llegado a ser cristianos porque Jesucristo mismo los llamó por medio de la predicación del evangelio con un llamamiento eficaz.

1. LLAMADOS DE JESUCRISTO

Romanos 1:6: «⁶ entre las cuales estáis también vosotros, llamados a ser de Jesucristo;»

Nuestro Señor dice en Juan 10 que sus ovejas oyen su voz y vienen a Él. Pero Romanos deja claro que esa voz de Cristo no desciende ordinariamente del cielo de manera audible, sino que es oída por medio de la predicación de la Palabra. El Cristo resucitado llama eficazmente a sus ovejas mientras el evangelio es proclamado.

Romanos 10:14, 17: «¹⁴ ¿Cómo, pues, invocarán a aquel en el cual no han creído? ¿Y cómo creerán en aquel de quien no han oído? ¿Y cómo oirán sin haber quien les predique? ¹⁷ Así que la fe es por el oír, y el oír, por la palabra de Dios.»

Juan 10:27–29: «²⁷ Mis ovejas oyen mi voz, y yo las conozco, y me siguen, ²⁸ y yo les doy vida eterna; y no perecerán jamás, ni nadie las arrebatará de mi mano. ²⁹ Mi Padre que me las dio, es mayor que todos, y nadie las puede arrebatar de la mano de mi Padre.»

¿Cuáles son esas ovejas que responderán al llamado del evangelio en arrepentimiento y fe? Aquellas que el Padre dio al Hijo. Esa es la realidad gloriosa que Jesús mismo afirma. Los creyentes no llegaron a Cristo porque fueran naturalmente mejores o más sabios; fueron buscados, llamados y recibidos por gracia.

2. AMADOS DE DIOS

Romanos 1:7: «⁷ a todos los que estáis en Roma, amados de Dios, llamados a ser santos: Gracia y paz a vosotros, de Dios nuestro Padre y del Señor Jesucristo.»

Pablo llama a los creyentes de Roma “amados de Dios”. Ellos fueron llamados por Jesucristo porque eran objeto del amor salvador de Dios. Pablo enseñará en otras cartas que esa elección se remonta antes de la fundación del mundo.

⁷ John R. W. Stott desarrolla esta idea al explicar Romanos 1:5 en la página 53 de su comentario a Romanos, publicado en Downers Grove (Illinois), por InterVarsity Press (editorial) en 1994. El pasaje se consultó en un artículo de John Piper, publicado en Desiring God (sitio web) el 29 de septiembre de 2011, donde Piper reproduce las palabras de Stott. ☹

Y aquí hay algo que debe asombrarnos: Dios sabía exactamente qué clase de pecadores seríamos y, sin embargo, decidió poner su amor salvador sobre su pueblo. ¡Qué realidad tan asombrosa: “*amados de Dios*”!

Un amor que no descansa en nuestros méritos

Romanos 1:7: «⁷ a todos los que estáis en Roma, amados de Dios, llamados a ser santos: Gracia y paz a vosotros, de Dios nuestro Padre y del Señor Jesucristo.»

Ese amor no descansa en un mérito previo del pecador. Precisamente el evangelio nos ha mostrado que todo viene de Dios. Si soy cristiano, no puedo mirar mi historia y decir: “Dios me amó porque encontró algo digno en mí”. Debo mirar a Cristo y decir: “Dios me amó gratuitamente, me llamó eficazmente y me hizo pertenecer a su Hijo”.

3. LLAMADOS A SER SANTOS

Romanos 1:7: «⁷ a todos los que estáis en Roma, amados de Dios, llamados a ser santos: Gracia y paz a vosotros, de Dios nuestro Padre y del Señor Jesucristo.»

Precisamente porque somos amados de Dios, fuimos llamados a ser santos: apartados para Dios, posesión suya. No hay bendición mayor que ser libertados de la esclavitud del pecado para venir a ser posesión exclusiva del Dios vivo. La santificación es una evidencia del amor salvador de Dios. Los amados son llamados; los llamados son santificados. Quien no puede dar ninguna evidencia de santificación tampoco posee una base bíblica para presumir del amor salvador de Dios, porque Dios santifica a aquellos que salva.

Ésta es nuestra identidad. ¿Qué te define? ¿Tu estatus social: rico, pobre o clase media? ¿Tu educación: analfabeto, profesional, ingeniero? ¿Tu estado civil: casado o soltero? Ninguna de esas realidades ocupa el primer lugar. Si eres creyente, por encima de cualquier otra cosa eres cristiano. Jesucristo te llamó eficazmente para ser santo porque Dios el Padre te amó y te escogió para que fueras exclusivamente suyo. Ésa es una identidad que nadie puede quitarte.

III. EL SALUDO: GRACIA Y PAZ

Romanos 1:7: «⁷ a todos los que estáis en Roma, amados de Dios, llamados a ser santos: Gracia y paz a vosotros, de Dios nuestro Padre y del Señor Jesucristo.»

Llegamos finalmente al saludo, y una vez más Pablo lo expresa en términos del evangelio. “*Gracia y paz*” es, en cierto sentido, una forma neotestamentaria de la antigua bendición sacerdotal dada a Israel.

Números 6:24–26: «²⁴ Jehová te bendiga, y te guarde; ²⁵ Jehová haga resplandecer su rostro sobre ti, y tenga de ti misericordia; ²⁶ Jehová alce sobre ti su rostro, y ponga en ti paz.»

1. GRACIA: TODAS LAS BENDICIONES RECIBIDAS SIN MERECELAS

Romanos 1:7: «⁷ a todos los que estáis en Roma, amados de Dios, llamados a ser santos: Gracia y paz a vosotros, de Dios nuestro Padre y del Señor Jesucristo.»

La gracia resume todas las bendiciones que los creyentes recibimos de la mano de Dios sin haberlas merecido. Todo aquello que somos y tenemos en Cristo proviene de un favor inmerecido. El evangelio comienza en la gracia de Dios, se sostiene por la gracia de Dios y termina en la gloria de Dios.

2. PAZ: EL FRUTO DE HABER RECIBIDO GRACIA

Romanos 1:7: «⁷ a todos los que estáis en Roma, amados de Dios, llamados a ser santos: Gracia y paz a vosotros, de Dios nuestro Padre y del Señor Jesucristo.»

La paz es el resultado de haber sido receptores de esa gracia. Primero, ahora tenemos paz con Dios por medio de Jesucristo. La enemistad ha sido resuelta, la culpa ha sido tratada y el pecador justificado ha sido reconciliado con Dios.

Romanos 5:1: «¹ Justificados, pues, por la fe, tenemos paz para con Dios por medio de nuestro Señor Jesucristo;»

La paz alcanza nuestra vida en comunidad

Romanos 1:7: «⁷ a todos los que estáis en Roma, amados de Dios, llamados a ser santos: Gracia y paz a vosotros, de Dios nuestro Padre y del Señor Jesucristo.»

Segundo, tenemos paz unos con otros porque formamos parte del mismo cuerpo y hemos sido reconciliados con el mismo Dios. Y, por si todo esto fuera poco, podemos experimentar también la paz de Dios que sobrepasa todo entendimiento, aun cuando las circunstancias exteriores sean difíciles. Todo esto es posible porque somos los amados y favorecidos de Dios únicamente por causa de Jesucristo y únicamente por causa de su obra en la cruz del Calvario.

CONCLUSIÓN

Romanos 1:1–7: «¹ Pablo, siervo de Jesucristo, llamado a ser apóstol, apartado para el evangelio de Dios, ² que él había prometido antes por sus profetas en las santas Escrituras. ³ acerca de su Hijo, nuestro Señor Jesucristo, que era del linaje de David según la carne, ⁴ que fue declarado Hijo de Dios con poder, según el Espíritu de santidad, por la resurrección de entre los muertos, ⁵ y por quien recibimos la gracia y el apostolado, para la obediencia a la fe en

todas las naciones por amor de su nombre;⁶ entre las cuales estáis también vosotros, llamados a ser de Jesucristo;⁷ a todos los que estáis en Roma, amados de Dios, llamados a ser santos: Gracia y paz a vosotros, de Dios nuestro Padre y del Señor Jesucristo.»

Así introduce Pablo este monumental anuncio del evangelio. Y no olvidemos a quién fue dirigida la carta: a hombres y mujeres ordinarios como tú y como yo. Romanos no fue enviada a un grupo de teólogos que se preparaban en un seminario para ser pastores. Fue enviada a una iglesia. Lo que Pablo revela por inspiración del Espíritu Santo es lo que Jesucristo, nuestro Señor y Salvador, quiere que su pueblo conozca acerca del evangelio.

Eso es lo que tú y yo necesitamos entender, porque fuera de este evangelio no hay salvación para nadie y fuera de este evangelio no hay crecimiento espiritual para nadie. Éste es el evangelio que salva y el evangelio que santifica. El remitente es definido por el evangelio. Los destinatarios son definidos por el evangelio. El saludo mismo está saturado del evangelio.

Al estudiar esta carta necesitamos que el Señor ilumine nuestro entendimiento. Su Palabra anuncia la salvación a quienes todavía no creen y aviva la vida de los creyentes: su piedad, santidad, gozo, obediencia y gratitud.

Comprender nuestra identidad en Cristo y el evangelio que la define nos lleva a contemplar con asombro todo lo que Dios nos ha dado solo por gracia, solo por Cristo y solo por medio de la fe. Por eso, solo Él merece toda la alabanza, toda la honra y todo el honor.

Romanos 11:36: «³⁶ Porque de él, y por él, y para él, son todas las cosas. A él sea la gloria por los siglos. Amén.»